

A. LA CAIDA DE JERUSALEN, FIN DRAMATICO DE UNA EPOCA

El pueblo de Dios, limitado en adelante al reino de Judá, tenía la posibilidad de sacar consecuencias importantísimas de la ruina definitiva de Samaria en el año 721 (A.C.). Ya que Dios habla mediante los hechos de la historia, se podía ver en las desgracias de los hermanos del norte una oportunidad más de conversión. Así lo entendieron, con los profetas, dos reyes piadosos que se destacaron entre los que reinaron en Jerusalén: Ezequías, en el siglo 8, y su bisnieto Josías, en el siglo 7.

LA VOLUNTAD DE EZEQUIAS

Se puede decir que la mayor preocupación de Ezequías, hijo de Ajaz fue la de reformar la religión, lo que está descrito en 2 Reyes 18-20 y 2 Crónicas 29-32.

- El rey luchó contra todas las formas de idolatría. Por ejemplo “Rompió la serpiente de bronce que Moisés había hecho, porque los israelitas le habían quemado incienso” (2 Reyes 18, 4). Esto demuestra que una cosa, buena en un tiempo, puede resultar mala en otro, por los abusos que se cometen.
- Centralizó el culto en Jerusalén, porque los pequeños santuarios rurales fomentaban más la religiosidad popular que la verdadera fe. Además limpió el Templo, reorganizó el clero e hizo muchas otras cosas por el estilo.

La Biblia poco habla del papel de los profetas en esta empresa honesta de Ezequías. Parece que no se mostraron muy interesados en reformas que tocaban sólo al culto. Ellos, por lo contrario, sabían que lo más importante es la **vida**, y lo que hace falta es primero la conversión del corazón, luego la práctica de la justicia, y que al no cumplirse estos requisitos, la religión no sirve para nada: lea detenidamente Isaías 1, 11-17.

LA SUPREMA AGONIA DE JUDA

Desgraciadamente cuando murió Ezequías, subió al trono su hijo Manasés, cuyo largo reinado de cuarenta y cinco años fue desastroso para la fe. Es que las reformas de su padre no habían sido populares: a mucha gente no le gustan los cambios en la religión, aun cuando son buenos y necesarios. Volvieron a los ídolos y a la superstición. La misma degradación continuó bajo el rey Amón, que fue asesinado después de gobernar sólo dos años. La única excepción que hubo en esa triste serie de reyes infieles del siglo 7 fue el joven **Josías**, quien trabajó en la línea de Ezequías.

- En el año de 622 (A.C.) empezó a arreglar el Templo, completamente descuidado por los reyes anteriores. Fue entonces cuando se descubrió “el Libro de la Ley”, es decir esa parte del Deuteronomio desde el capítulo 12 al 26, traído a Jerusalén por sacerdotes de Samaria cuando cayó el reino del norte cien años antes (2 Reyes, del 22,3 al 23,25). El hallazgo causó un gran impacto de Judá. Josías encontró en

él la base de su reforma: 1) Un solo Dios; 2) Un solo Templo; 3) Más justicia y comprensión para los desamparados, los pobres y los esclavos (Deuteronomio 15; 16,18).

- Se renovó la Alianza, como en tiempo de Josué, con la impresión de empezar una nueva era. Se celebró la Pascua según un rito nuevo y con mucho entusiasmo (2 Reyes 23, 21-23).

Pero todas las esperanzas se desvanecieron cuando murió Josías en el año 609. Era el fin de la reforma y el colapso de un ideal. En los veintidós años siguientes, cuatro descendientes de Josías llevaron sucesivamente el título de rey. Esa inestabilidad recuerda los últimos años del reino del norte y el desenlace iba a ser muy parecido, sólo cambió el nombre del “azote”: en vez de Asiria fue el nuevo imperio caldeo, **Babilonia**.

- Jerusalén fue conquistada por Nabucodonosor, primero en el año de 598 (A.C.). El rey Joaquín no pudo resistir y fue desterrado a Babilonia con los notables y un total de diez mil personas (2 Reyes 24, 1-16). Ezequiel, el futuro profeta, iba con ellos. Mientras tanto, el vencedor eligió como rey a otro hijo de Josías, Matanías, cambiándole su nombre en Sedecías.
- Pero Sedecías, último rey de Judá, se sublevó con el pueblo contra Babilonia. La reacción de Nabucodonosor fue implacable: después de un largo asedio, Jerusalén fue nuevamente tomada, el Templo quemado, los hijos del rey ejecutados en presencia de su padre; a éste le sacaron los ojos y lo llevaron encadenado a morir a Babilonia. La mayor parte de la población fue deportada. El reino de Judá había llegado a su fin. También se había acabado, para los israelitas, una época de su historia iniciada por David: la de la independencia política.

JEREMIAS EN LA TORMENTA

Pero el fin de Judá no significaba el fin del plan salvador. El amor de Dios es más fuerte que todos los pecados del mundo: tal era la convicción de los profetas de ese tiempo, Sofonías, Nahum, Habacuc y, sobre todo, **Jeremías**. Este era un joven de veinte años cuando sintió que Dios lo llamaba a hablar en su nombre (lea B 28). Lo hizo durante cuarenta años, los últimos de Judá.

Al principio, es decir del año 626 a 609, su misión no le costó mucho, ya que se trataba sobre todo de apoyar la labor de Josías (1-7). Pero a partir de la muerte del rey hasta la catástrofe de Jerusalén (año 587), Jeremías encontró resistencia y hostilidad de todos:

- De los sacerdotes (Jeremías 20, 1-6), porque no dejaba de denunciar las falsas garantías que a menudo hacen de la religión un tranquilizante: el culto (Jeremías 6, 20), el Templo (Jeremías 7, 4), la Ley (Jeremías 8, 8-9), la circuncisión (Jeremías 9, 24), los sacrificios (Jeremías 14, 12): lea C 57;
- De los reyes (Jeremías 36), porque se atrevió a enjuiciar a los hijos de Josías (Jeremías 22, 10-30);

- De los falsos profetas que engañaban al pueblo, porque él, en cambio, anunciaba desgracias y castigos (Jeremías 23, 9-40; 27-28). Todo le parecía podrido (17, 1-2), por lo cual la misma institución tenía que desaparecer (19, 11). La única posibilidad de escapar vivos era entregarse al enemigo (27, 12).

Por todo esto Jeremías fue acusado de traición y de subversión, fue despreciado, golpeado, encarcelado, abandonado por los suyos, imagen viva del futuro Mesías y de Jesús en su Pasión.

Y sin embargo, ese hombre que parecía apagar la esperanza siguió creyendo en el futuro de su nación. Más allá del castigo creyó en el perdón (Jeremías 30). Más allá del destierro creyó en el retorno a la patria: por eso compró un campo en Anatot, su pueblo (Jeremías 32). Más allá de la perversión creyó en **la Nueva Alianza**, cuando Yavé escriba su Ley ya no en las tablas de piedra sino en el corazón de sus hijos, Alianza que se hizo realidad para nosotros (Lea C 58)

B. LECTURAS COMPLEMENTARIAS

28. VOCACION DE JEREMIAS

En el lenguaje corriente, tener una vocación es sentir una cierta tendencia o tener aptitudes para determinadas funciones. En este sentido, es más preciso reconocer que Jeremías no tuvo jamás la vocación de profeta, menos todavía Eliseo, sorprendido por Elías en el momento en que conducía su yunta o que Amós, cogido por Dios en el momento en que criaba bueyes y cultivaba sicómoros.

Ciertamente, Jeremías era de familia sacerdotal. Pero, en la aldea de Anatot, junto a un santuario de poca importancia, cuáles podían ser las ambiciones o las perspectivas de un modesto ministro? Jeremías parecía destinado a llevar una vida sin historia. A juzgar por las apariencias humanas, nadie habría sospechado en Jeremías una vocación de profeta.

LA LLAMADA DE DIOS

Pero Dios decidió de otro modo, al elegirle para asociarlo a su obra. Estamos, pues, en presencia de una **“vocación”** en el sentido preciso de la palabra, es decir, de una llamada venida de Dios.

“Antes de formarte en el vientre de tu madre, te conocí, antes que salieras del seno, te consagré, profetas de las naciones te constituí”.

Lejos de sentirse tranquilizado, Jeremías tiembla ante tal misión. Trata de sustraer anteponiendo no su repugnancia, sino su incapacidad:

“Ah, Señor Yavé, mira, yo no sé hablar, que soy un niño” (Jeremías 1, 6)

Yavé insiste: Jeremías hablará en nombre del Señor, y por ello ya no será un niño. La ayuda de Dios debe inspirarle confianza:

“No digas: “Soy un niño”, porque a todos los que te envíe irás, y todo lo que te ordene les dirás. No tengas miedo de ellos, **porque estoy contigo para librarte**” (Jeremías 1, 7-8)

LA MISION

Como en todas las vocaciones proféticas, esta misión es simbolizada por un gesto. Isaías había visto cómo un ángel le purificaba los labios con una brasa candente. A Ezequiel Dios le presentará un libro, del que el profeta tendrá que alimentarse. Para Jeremías el gesto es más simple: ve una mano que le toca los labios, que pone palabras en su boca. En adelante, ya no serán sus propias palabras las que pronunciará el profeta, serán las palabras de Dios. Es terrible la obra que se le encomienda: “Mira. En este día te constituyo sobre naciones y reinos, para arrancar y deshacer, para destruir y derribar, para edificar y plantar” (Jeremías 1, 10). En este día de su vocación, Jeremías recibe de una vez esta doble misión: de destrucción y de construcción. La Palabra de Dios se basta para conseguir de Jeremías la obediencia. (Fuente: La Biblia y su Mensaje, No.46 pp, 7-8)

C. TEXTOS PARA MEDITAR Y REZAR

57. JEREMIAS DENUNCIA LAS FALSAS SEGURIDADES

Yavé se dirigió a Jeremías: “Párate en la puerta de la casa de Dios y publica allí esta palabra: “Escuchen, hombres de Judá, que entran por esta puerta a adorar a Yavé”. Así habla Yavé, Dios de Israel:

Mejoren su proceder y sus obras, y yo me quedaré con ustedes en este lugar. No confíen en palabras mentirosas como éstas: templo de Yavé, templo de Yavé, templo de Yavé es éste.

Pero si mejoran su proceder y sus obras, si hacen justicia entre unos y otros, si no oprimen al extranjero, al huérfano y a la viuda, si no derraman sangre inocente en este lugar, si no van en pos de otros dioses, para desgracia de ustedes, entonces yo los mantendré en este lugar, en el país que di a sus padres desde hace tiempo y para siempre.

Pero ustedes se fían en palabras engañosas que de nada sirven. Ustedes roban, matan, toman la esposa del prójimo, juran en falso u ofrecen sacrificios a otros dioses que no les

di a conocer. Y luego vienen a presentarse ante mí, en este templo que lleva mi nombre, y dicen: “Aquí estamos seguros”, cuando acaban de hacer todas estas cosas malas.

Mi casa, que lleva mi nombre, ¿acaso la toman por una cueva donde se reúnen ladrones? Yo no estoy ciego, palabra de Yavé! Vayan pues, a mi santuario de Silo en el país de Israel; ésta era mi casa, al principio. Y miren como la destruí, por los crímenes de Israel a pesar de que también ellos eran mi pueblo... Por eso, lo que hice con mi santuario de Silo, lo haré también con este Templo por el que se sienten seguros. Lo destruiré a pesar de que lleva mi nombre. (Jeremías 7, 1-14)

58. JEREMIAS Y LA NUEVA ALIANZA

Vendrán días, palabra de Yavé, en que Yo pactaré con el pueblo de Israel y con el de Judá una nueva alianza.

No será como esa alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano, sacándolos de Egipto. Ellos quebraron mi alianza, siendo Yo el Señor de ellos.

Esto declara Yavé: Cuando llegue el tiempo Yo pactaré con Israel esta otra alianza: Pondré mi Ley en su interior, la escribiré en sus corazones, y Yo seré se Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñarse mutuamente diciéndose el uno al otro: “Conozcan a Yavé”. Pues me conocerán todos, del más grande al más humilde. Porque Yo hablaré perdonando su culpa y no me acordaré más de su pecado. (Jeremías 31, 31-34)

D. CUESTIONARIO

1. ¿Cuál fue la mayor preocupación del rey Ezequías?
2. ¿Por qué el rey Ezequías, rompió la serpiente de bronce que Moisés había hecho?, ¿Qué puede demostrar eso? Analice.
3. ¿Por qué los profetas, según parece, no se interesaron mucho por la reforma iniciada por el rey Ezequías?
4. Enumere las tres ideas fundamentales del Deuteronomio.
5. Diga en qué Jeremías se parece a Jesús (A partir de sus conocimientos personales y de lo descrito en este capítulo)

SIGUIENTE CAPITULO DE LA UNIDAD 3: CAPITULO 8: EL EXILIO, DRAMA DE UN PUEBLO SIN TIERRA